

Un viaje por *La vorágine*

Martín Franco Zuluaga y Manuela González Ochoa

“Este año si voy a leer *La vorágine*”, nos dijimos tan pronto como nos enteramos del centenario de la publicación de la mítica obra de José Eustasio Rivera. Ya lo habíamos intentado fallidamente el año pasado, cuando dejamos la lectura unas páginas antes de terminar la primera parte, diciéndonos que ese no era el momento de leer la novela que nos faltaba para completar el que es, a nuestro parecer, el “tríptico” de novelas más destacadas de Colombia, conformado por *María*, *La vorágine* y *Cien años de soledad*. Y es que, precisamente, la pieza central de aquel tríptico es la menos mencionada del grupo; la mayoría de los lectores colombianos puede mencionar algo de la belleza y el romance de la novela de Isaac y ni hablar de la obra que elevó a la literatura colombiana a la mayor expresión del realismo mágico, que pronto se consolidó como una representación del país entero: *Cien años de soledad*.

En cambio, *La vorágine* se queda estática, convulsionando en su nombre; pocas veces se menciona que se leyó en el colegio, como pasa más a menudo con las dos anteriores. *La vorágine* está tan perfectamente contenida en su título que es difícil saber si alguien se ha internado en sus profundidades cuando lo menciona, casi de paso entre los demás títulos de la literatura nacional. Poca sombra pudo hacer a su predecesora *María* y nada pudieron hacer las dos contra la inmensa novela de Gabo. No pretendemos decir nada nuevo de la novela de Rivera, pero sí compartir nuestra experiencia de leerla por primera vez.



© Canen García, *La vorágine*, “La gran amistad entre Alicia y Griselda”, 2014

Hacia el año de 1924 se publicaba la primera edición de una de las obras más importantes en la literatura latinoamericana, *La vorágine*, libro en el cual se narra la historia de Arturo Cova y su amante Alicia, a través de los llanos y la selva, pero tiene más de una historia de fondo. Su autor, José Eustasio Rivera, fue testigo de las condiciones de explotación de la selva y de las personas, sus habitantes, extranjeros o locales, alrededor de la extracción del caucho, y con ello decidió emprender una aventura literaria que conserva su relevancia sin importar cuántos años pasen.

El inicio de *La vorágine* es, sin duda, uno de los inicios más impactantes de toda la literatura: “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”. Con esta frase se presenta el protagonista y narrador de Rivera, pero con el paso de los años aquellas líneas resuenan como una presentación de la misma Colombia; es habitual el comentario de que el país no ha cambiado nada en cien años. Y es que *La vorágine* lleva al lector o lectora por un viaje literario donde no existe límite al mostrar la debilidad humana, el egoísmo, la explotación del hombre por el hombre y de la naturaleza, el miedo, y las contrariedades de las decisiones humanas; muestra un retroceso en el desarrollo de la sociedad: la toma de esclavos, la invasión de ecosistemas y termina reflejando una sociedad que parece haberse identificado con la barbarie.

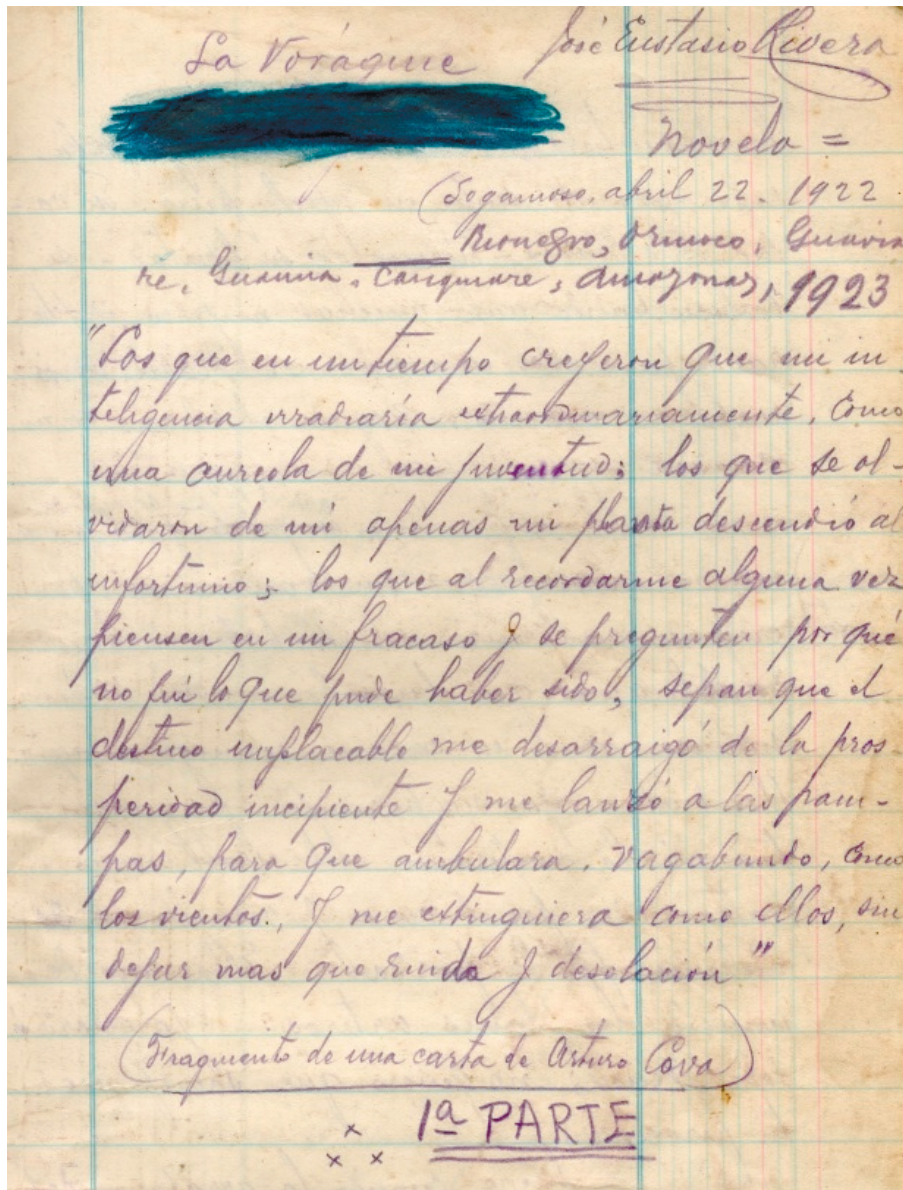
En la novela de Rivera hay un ritmo muy singular; en ella, este no solo responde a la estructuración de la trama, sino a la prosa misma, caracterizada por su poesía: prosa y trama cuentan con un ritmo que obedece a la sinuosidad de un río. Nunca nos desprenderemos de la imagen de Arturo y Alicia rodando por las laderas de la cordillera hasta el llano ni de las atrocidades que los empujan irremediablemente a la selva. La narración de Arturo Cova se intercala con diálogos y con su discurso interior. En toda la novela corren las frases como un río caudaloso que se precipita desde la cordillera hasta perderse en las selvas, arrastrando consigo a todos los que se cruzan en su violento recorrido. La verdadera profesión de su autor, así como la del protagonista de la novela es la de poeta; es por ello por lo que *La vorágine* se puede leer también como un poema novelado modernista que bebe de la milenaria tradición épica que se remonta

hasta Homero. En principio, parece que el lenguaje no concuerda con lo que promete narrar; parece ser más bien un desafío al lector (y lo es). Sin embargo, los diálogos cambian el tono sin previo aviso y aparecen el costumbrismo, el realismo y la narración frenética de escenas profundamente violentas.

La vorágine es uno de esos libros que exige, a quien lo lee, atención a los detalles y a las expresiones utilizadas, pero con una descripción tan amplia de la selva y del llano, que resulta imposible evitar pensar qué veía Rivera en ese entonces para crear descripciones tan precisas y, a la vez, tan encantadoras... tan crueles.

El vocabulario del libro es, por igual, tan variado y exuberante como la selva que retrata y tan simple como la sabana; todo entremezclado. Es una de las riquezas y de los mayores retos de la obra; el autor subrayó los provincialismos de más carácter y elaboró un glosario para su comprensión, pero su número ha crecido por el desuso y los cambios en el habla de nuestros días. A menudo nos topábamos con palabras que no aparecían en el glosario, y eso detenía nuestra lectura buscando el significado cuando no podíamos intuirlo de su contexto (qué bueno hubiera sido aquí una buena edición anotada); también nos topábamos con palabras que conocíamos pero que casi nunca habíamos utilizado. Nos sorprendíamos de la precisión de aquellas palabras, reveladoras de la labor del poeta que escudriña el lenguaje hasta el fondo, interrogándolo, para hallar el vocablo correcto o, en su defecto, para inventarlo.

Al leer el texto, es imposible no sentir las emociones de cada uno de los personajes, no comprenderlos, no simpatizar con ellos.



Manuscrito de *La vorágine*, tomado de la Biblioteca Nacional, colección digital

Cada personaje aporta algo al desarrollo de la historia, cobra protagonismo y da un punto de vista que complementa lo narrado en cada capítulo, algo que muy pocos autores logran hacer, pero que Rivera logra de una manera efectiva. Tantas personas representadas en la novela, desde el más avaro y codicioso, hasta el más "inocente", terminan haciendo que todas las generaciones deseen leer una obra que deja de ser

solo papel y letra y que se transforma en un acontecimiento histórico.

En *La vorágine*, la naturaleza también habla por sí sola, a través de la mirada de Arturo y Clemente Silva: cuando viajan por el río, su miedo es más que evidente y los árboles expresan su descontento por el trato que le han dado los humanos y quieren cobrar venganza, para citar sólo dos ejemplos.

Rivera creó un texto donde trata tantos temas que resulta imposible releer y no encontrar un tema nuevo del cual hablar, analizar o entusiasmarse e investigar. La novela de Rivera, como toda vorágine, no es más que un portal que nos arrastra a profundidades insondables.

Todos nos hemos visto inmersos en la vorágine que consume toda la obra de principio a fin, en las pasiones que dan vida a la novela y que le dan una faceta de humanidad sobrecogedora. Como Arturo Cova, hemos llegado a toparnos con un mundo violento, indolente, que nos ha arrebatado nuestras ilusiones y nos hemos sentido en algún momento arrastrados por la desgracia. Como dijo Cova: “Maldita sea mi estrella aciaga, que ni en vida ni en muerte se dieron cuenta de que yo tenía corazón”. Como los personajes de la novela, hemos sido víctimas de nuestras pasiones y por ellas nos hemos perdido en la jungla del destino. Este es uno de los múltiples sentidos universales de la obra de Rivera.

La fuerza con que está impregnada la novela la hace ir más allá de sí misma, más allá del tiempo —logrando ser actual cien años después—, incluso yendo más allá de las fronteras del país, tanto en la narración como en la difusión de la obra.

En esta novela quedan marcadas las eternas heridas de la nación, como queda descrito en la famosa cita del texto: “El alma es como

el tronco del árbol, que no guarda memoria de las floraciones pasadas sino de las heridas que le abrieron en la corteza”. Es una historia que se desprende de la cordillera, el lugar donde se había asilado la “civilización” en el país y se hunde en las zonas que aún hoy son de las más abandonadas por ese supuesto ente civilizador que es el Estado. Con su denuncia hacia los malos tratos a los indígenas por los trabajadores de las caucherías, incluso a la selva misma, *La vorágine* causa sensación de repudio hacia la ignominia, independientemente de la época en la que sea leída; es una obra para pensar, pero también una donde se refleja una problemática que sigue vigente.

Leer esta novela es hacer un viaje con el protagonista, llegar a un tiempo y a una zona estancados entre el pasado y el presente sin decidirse por alguno y, como en todo viaje, tener los ojos abiertos a paisajes nuevos y exóticos, ser testigos de la crudeza de la realidad y toparnos cara a cara con nuestros misterios y los que nos rodean.

A los lectores y lectoras no nos atrapó la selva, como le sucede a Rivera-Cova, nos atrapó “la vorágine” y esta nos abandonó en la selva. Leyendo *La vorágine* solo podemos esperar algún día salir de ella.

Referencia

Rivera, J. E. (2019). *La vorágine*, Ediciones Artemisa.

Martín Franco Zuluaga es estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia. Es miembro del Semillero de Edición Crítica. Ha ganado el Premio de Dramaturgia Teatro Estudio (2022) y el Premio Subregional de Cuento Página en blanco (2023), ambos en la categoría juvenil-estudiantil.

Manuela González Ochoa es estudiante de tercer semestre de Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia y hace parte del Semillero de Edición Crítica.